



y ConVersos

Coordina:
Eduardo G. RICO

«Fin de las noticias del mundo», de Anthony Burgess



Amor, sexo y violencia,
tres notas de la última
novela de Burgess. Y
bastante más: el
subconsciente freudiano
y la revolución trotskysta

• Versión española del
«inglés que habla la
señora Thatcher»

A muchos les sorprendió «La naranja mecánica», errónea traducción, sin duda imposible, del título inglés de la novela, famosa también por su versión cinematográfica. La violencia se enseorea de la sociedad en un futuro inmediato. Anteriormente, con «Trilogía malaya», planteó la decadencia real, no sólo la política, del imperio británico.

Inglés singular, Anthony Burgess se enfrentó a un porvenir histórico-social incierto ya en 1962, con «Semilla sin simiente», y un año después, con «Piel para osos». Sus especialidades, al margen de una intensa actividad novelística, fueron la fonética y la literatura inglesa. Actuó como profesor de universidad, como funcionario del Ministerio de Educación, como agregado cultural en el servicio diplomático de la zona oriental. Le gusta firmar con seudónimo —Anthony Burgess se llama en realidad John Burgess Wilson, y también utiliza el nombre de Joseph Kell—, ama el teatro y fueron muy alabadas sus versiones de «Cyrano de Bergerac» y de «Edipo rey». A uno le gustó, entre su ya vasta obra, «Poderes terrenales», una revisión agudamente satírica de toda una época histórica, y le ha gustado ahora «Fin de las noticias del mundo», que acaba de aparecer en castellano (Argos Vergara). Hace tres días volvió a «epater» a sus oyentes y seguidores en el debate celebrado en Venecia sobre la identidad cultural europea, donde dijo que hablaba la lengua de la señora Thatcher, que ha declarado la guerra a Europa, y preconizó el uso del latín en la búsqueda de la unidad idiomática del continente. Burgess ha cumplido hace unas semanas los sesenta y siete años, indemnes su energía y sus facultades creadoras.

Burgess no descansa. «Todo sobre la cama», libro reciente, no es precisamente, contra lo que pudiera suponerse, una obra sobre el sexo, tema que constituye otra de sus obsesiones. Recibió el premio Malaparthe y fue candidato al Nobel. Se enfrenta, como novelista, a la presencia del mal en el mundo y declaró a Greene, en el «Observer», que Jorge Luis Borges se llama a sí mismo el Burgess argentino. «Joyciano» y «sespiriano», vive en el sur de Francia, como Greene. A

los ingleses les gusta más el Burgess crítico que el novelista, y lo han recono-

cido de este modo dándole el galardón de Mejor Crítico del Año en 1980.

Dice Burgess que no es un «escritor católico», sino un «escritor que es católico». Un catolicismo sui generis. Pero ocurre, como en el caso de Balzac (según Rafael Conte), que era legitimista y, sin embargo, a él se deben las novelas más progresistas del siglo XIX, a pesar suyo y de sus creencias. De esta manera, Burgess sería un reaccionario que firma las novelas más provocativamente revolucionarias del siglo XX. La moral se encuentra en el centro de todos sus relatos; lo bueno y lo malo y su presencia en el mundo.

En la novela que acaba de aparecer, que nuestra colaboradora Elisabeth Lubinski

analiza con penetración y transparencia en esta misma página, Burgess señala la inminencia de un fin: el de una cultura que no puede embarcarse en la aventura del espacio. El hombre se salvará, pero responderá a otro esquema de valores. ¿Qué pasará con lo que para él son las grandes conquistas del siglo? Quiere ver en el internacionalismo de Trotsky un paradig-

ma: el socialismo en todo el mundo a partir de la «revolución» permanente. En la valoración del subconsciente y los condicionamientos sexuales en el comportamiento humano, otro. La búsqueda de un distinto solar para el desarrollo de lo humano es el tercero. Este católico manchesteriano realiza una crítica —más que una crítica, una sátira implacable— de los tres enfoques.

Situándonos al margen de su pensamiento, difícil de compartir, es como debemos ver a Burgess narrador. Se advierte fácilmente su vocación de realista, de escritor que trata de hincar sus raíces en la historia material, cuando introduce en sus relatos, como protagonistas, al Papa, a Joyce, a Hemingway o a Bujarin; a Goebbels y a otros personajes nazis; a Mussolini y a la curia romana. En «Fin de las noticias del mundo», título tomado de un programa informativo de la BBC, son Trotsky y Freud y las personas, familiares o no, que los rodean los que encarnan los papeles protagónicos. La estancia de Trotsky en Norteamérica fue muy breve —de enero a marzo de 1917, creo recordar—, pero suficiente para trazar, a través de la anécdota, su proyecto revolucionario. Unas escenas de Freud, dramáticas, le sirven al autor para reflejar el proceso de sus obsesiones, que dio lugar a la teoría psicoanalítica.

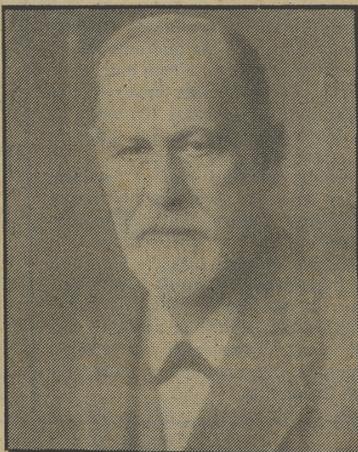
Burgess es, quizá, demasiado reductor. En este siglo se dan acontecimientos y personajes tan históricamente decisivos como éstos y aún más.

No vamos ahora a intentar la suma de todos ellos. Pero Burgess es novelista, selecciona, y tiene derecho a reducir. Lo que admiramos en él es su construcción literaria, la estructura de esta novela, que revela la maestría de un escritor sabio y experimentado. Sus efectos, sus puntos débiles y sus insuficiencias, que los tiene, determinan una visión más clara de sus aciertos. Separemos la broza, es decir, los resultados de la fuga de su facilidad expresiva hacia zonas perfectamente prescindibles, y nos quedará un relato fabricado con lucidez, conocimiento y brillantez. Así juzgamos «Fin de las noticias del mundo».

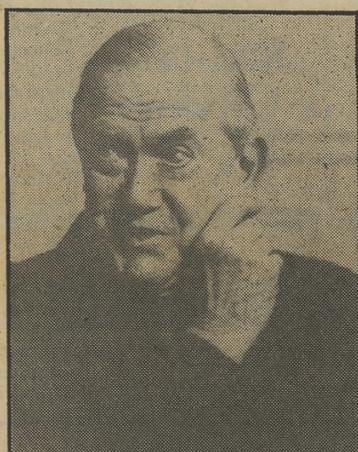
EDUARDO G. RICO



Trotsky, en «musical»



Freud escapa de los nazis



Greene, otro inglés exiliado

Burgess o la sutileza de una novela

Por ELISABETH LUBINSKI

El presidente Carter, comiendo hamburguesas delante de tres pantallas de televisión. Burgess pretende hacer creer al lector que le va a poner en una situación parecida. Su programa simultáneo: un serial sobre la vida de Sigmund Freud; 1917, cuando Trotsky llega a Nueva York (comedia musical de Broadway); relato sobre el fin del mundo con astronave, América incluida. Así plantea «Fin de las noticias del mundo».

Para los relatos sobre Freud y Trotsky, Burgess utiliza material biográfico exacto y le da simplemente forma de relato o musical. En este último aprovecha al máximo las pocas páginas de «Mi vida», en las que Trotsky describe su estancia de dos meses en Nueva York, el trabajo en el «Novii Myr» como comentarista político para los rusos emigrados, detalles como el apartamento de 18 dólares con lujos tan impensables para un obrero ruso como un teléfono, los estudios de las cifras de exportaciones norteamericanas, un viejo buscando comida entre la basura, el chófer del doctor M. (Goldstein), que sabía todo sobre motores; la aventura de su hijo Sergioska,

que se pierde en Nueva York por buscar la calle Número 1. Todas sus reflexiones sobre la vida política americana aparecen reflejadas por diversos grupos de personajes (pacifistas, pro bélicos, obreros, empresarios...) o por personajes únicos, como Olga, que representa el socialismo americano (es muy posible que sea también un personaje real en la vida de Trotsky). Sus premoniciones con respecto a la propia muerte que aparecen en el musical se ajustan también a la realidad (a través de los escritos de su esposa Natalia). Es asombrosa la capacidad de Burgess para constituir con estos datos un musical, o una parodia musical, con escenas de baile incluso.

• Sin embargo, la «trampa» de la novela no reside ahí, sino en que el autor va conectando los pasajes, pretendidamente simultáneos, utilizando a veces motivos casi «musicales» (el supuesto autor de la obra es un escritor obsesionado por la música), como un pañuelo blanco con puntos azules, que aparece separado tan sólo por unas cuantas líneas en dos pasajes diferentes. Nueva York figura en los tres relatos como escenario importante o principal.

• El «leitmotiv» de los tres es

el conflicto de Edipo. En Freud surge en la relación con su madre, que le produce neurosis, que sólo es capaz de curar en los demás. Trotsky vive en el conflicto con su «madre» patria, y sobre todo con su lugar de origen, lanovka. En la historia de ciencia-ficción, ante la inminente destrucción de la «madre» Tierra por el acercamiento del planeta Lince, que alguno de los personajes llega a definir como un símbolo de lo viril, los protagonistas tienen que decidir si morir con ella o escapar en una nave espacial. A través de todo este pasaje, Burgess va dando pistas sobre lo que es la última conexión estructural de las tres historias: la figura del ex actor Willett, que al decidir quedarse en la Tierra regala a su amigo Brodie dos cintas de video, en las que él aparece, para que tenga un recuerdo suyo en un viaje tan largo; un serial sobre la vida de Freud; y un musical sobre la llegada de Trotsky a Nueva York.

• Con esto hubiese bastado; no hacía falta un epílogo aclaratorio con generaciones futuras en la nave, estaba ya demasiado claro antes. Es una pena que Burgess disminuya así, con un simple e inútil epílogo, la sutileza de esta importante novela.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Los sueños de G. Aragón

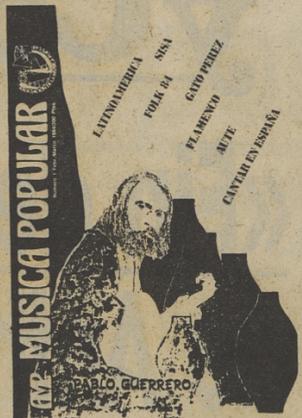


«El tiempo y los sueños. Manuel Gutiérrez Aragón, de Matías Antolín. Ed. Sombras Chinescas.

Tres significativas citas abren este breve estudio sobre Gutiérrez Aragón que realiza Matías Antolín. Una de Artaud: «Lo fantástico no existe. Todo es real. ¡Viva la imaginación!» «Casi todos los seres humanos rastrean en la infancia los signos del horror adulto», de Pavese. Y, por último, una cita del propio Gutiérrez Aragón, en la que se refiere a las cosas decisivas del cine: el tiempo, como base. Y también, «a los que más se parece una película es a un sueño». Y otra más: «Explicar la metáfora es destruirla». El libro se compone de una serie de trabajos sobre el cine metafórico de Gutiérrez Aragón, su prehistoria, el cine como tiempo, etc. Para fijar la semblanza del realizador cinematográfico, Antolín reproduce retazos de conversaciones con él y brillantes aunque breves estudios sobre cada una de sus películas. Libro indispensable para cinéfilos.

Música, maestro

«Música Popular», editada por la Asociación para la Música Popular. Director, Alvaro Feito.



De esta revista ya se habló en nuestro número anterior. La dirige Alvaro Feito y colaboran firmas conocidas: Elisa Serna, Víctor Claudín, Manuel Domínguez, Claudina Gambino, Raúl Marcos, Paco Almazán y un largo etcétera. «Un sueño largamente acariciado —editorializan— llega hoy, por fin, a ver la luz. Una revista dedicada, exclusivamente, a la música popular y, dentro de ella, fundamentalmente, a lo que se hace dentro de nuestro país.» En esta primera salida, «Música Popular» nos ofrece una buena entrevista con Pablo Guerrero —«Por la vida»— y una selección de textos inéditos suyos, «La maga de la ría», «Evohe», etc. Claudina Gambino firma un extenso reportaje sobre «La América de lengua castellana; música popular contemporánea». Aparece también el artículo «Cantar en España», 1961-1983, de Fernando González Lucini, excelente análisis de las sucesivas situaciones en esa época de la canción española.

Crítica de la crítica

«Vardar», revista mensual de crítica, núm. 22, marzo 1984.



Bajo la dirección de Félix Guisasaola, la publicación «Vardar», revista mensual de crítica, mantiene rigurosamente su periodicidad. Sus artículos son, en general, polémicos, y figuran en este número algunos de creación, como los poemas de Blanca Andréu y un fragmento de «La Gaznápir», de Andrés Berlanga, libro aún no aparecido, del que ofrecemos en estas páginas un amplio pasaje. Un excelente artículo de Enrique Lozano, titulado «Marx y el enterrador», se separa de la línea habitual de la publicación. Polemiza Lozano con Tortella y con otros, breve y brillantemente. Se reproduce en este número un trabajo de Junger, «Los cinco sentidos: el oído», y es muy interesante el «Discurso sobre el derecho al trabajo», de Alexis Tocqueville. Gran diversidad de temas y de criterios en este número de «Vardar».

Moral, filosofía, política

«Filosofía, sociedad e incomunicación, homenaje a Antonio García Martínez. Universidad de Murcia.

Filosofía, Sociedad e Incomunicación

Homenaje a Antonio García Martínez

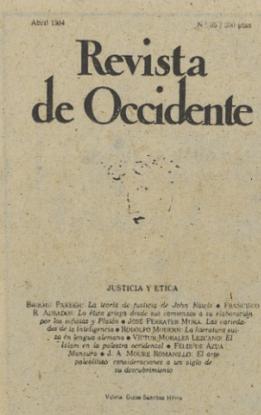
J. L. Aranguren, E. Bello, A. Campillo, F. Colomer, V. Cudeto, C. Flores, R. García, J. García López, W. J. González, F. Jarausa, J. Jaraola, M. Hurtado, J. Lomba, J. López Hernández, E. Llober, S. Martínez, J. L. Mirre, F. Montero, E. Moya, F. Navarro, P. Peñalver Gómez, J. M. Sabater, S. Valverde

Universidad de Murcia

Heterogeneidad de temas, heterogeneidad de enfoques: tales son las características de este libro preparado por Eduardo Bello como homenaje a Antonio García Martínez, el profesor desaparecido, que comenzó enseñando ética, pasó por los fundamentos de la filosofía y «se centró, por fin, en la historia de la filosofía», como escribe el presentador, Jesús García López. Añade que «es en este campo donde se movía más a gusto. Conocía de primera mano a todos los grandes pensadores, y tenía la capacidad de sintonizar con cada uno de los filósofos que leía o estudiaba». El libro-homenaje reúne trabajos de Aranguren, Bello, Moya, Flórez, Valverde, Sabater, Lledó y otros muchos especialistas. Aranguren, concretamente, desarrolla el tema «La moral social en la sociedad cibernética (posindustrial)». Después de Max y Weber, viene a decir el profesor, nadie puede dudar de la estrecha relación entre la economía y la moral.

Justicia y ética

«Revista de Occidente», abril 1984, número 35.



La publicación fundada en 1923 por José Ortega y Gasset, y que ahora dirige Soledad Ortega, continúa su modelo de números monográficos en el correspondiente a este mes, dedicado a «Justicia y ética». En esta línea temática figuran trabajos de Bhikhu Parekh, «La teoría de la justicia, de John Rawls»; Francisco R. Adrados, «La ética griega desde sus comienzos a su elaboración, por los sofistas y Platón». Mención especial merece un breve, pero muy interesante trabajo de José Ferrater Mora, sobre «Las variedades de la inteligencia». Hay una colaboración especial de Rodolfo Modern sobre la literatura suiza en lengua alemana, a partir de Durrenmatt y Frisch, y otra sobre el Islam, debida a Víctor Morales Lezcano. Moure Romanillo escribe sobre «El arte paleolítico: Consideraciones a un siglo de su descubrimiento». Buen número el último de «La Revista de Occidente».

Leyes y política

«El régimen de Franco», de Juan Ferrando Badía. Ed. Tecnos.



He aquí un ensayo serio y riguroso que responde a un enfoque político-jurídico del franquismo. Parte Ferrando del análisis del sistema autoritario, refiriéndose a la teoría del caudillaje, a la crisis del estado-sujeto y al régimen autoritario-paternalista que no deseaba transformarse en totalitario. Plantea la búsqueda de una salida de ese régimen estudiando su evolución, y trata seguidamente de las tres posibles vías democratizadoras del mismo: el asociacionismo político, la «hipotética» vía de la descentralización regional y la instauración de la Monarquía. Anteriormente Ferrando había formulado su «Teoría de la instauración monárquica en España». Se pensaba en el régimen franquista que con la concentración en Juan Carlos de Borbón de la legitimidad histórica, la dinástica y la democrática «desaparecerían o se paliarían los defectos insitos de la Monarquía designada».

Mailer pontifica

«Pontificaciones» de Norman Mailer. Conversaciones. Gedisa.



Esta vez, la ya muy extendida fórmula de las conversaciones cuenta con la intervención de cerca de una veintena de periodistas, que han entrevistado al famoso novelista en distintas ocasiones durante el período comprendido entre 1958 y 1981. Mailer, en estas conversaciones, habla de todo lo divino y lo humano, arriesga opiniones, enjuicia hechos y cosas, da libremente su parecer. Con Marcus discute las relaciones entre el arte y la conciencia; con Weatherly desarrolla el tema de la violencia; con Adams el de la estética existencial. Lo mismo habla sobre el demonio, que sobre el matrimonio o los encuentros sexuales con desconocidos. De las relaciones entre ética y pornografía, de los vicios, de la ciencia, de la identidad del escritor, de la escritura de novelas, de América, de Europa... El libro nos ofrece una imagen diversa y polémica de Norman Mailer.

Un asesinato

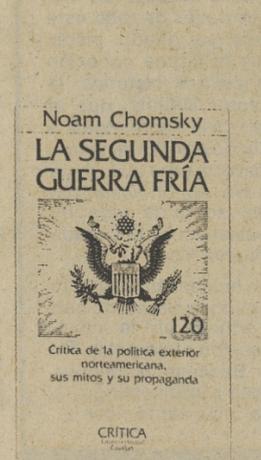
«La madre de Anna», de Heiko Gebhardt. Ediciones Martínez Roca.



Esta es «la historia de Marianne Bachmeier, quien en la sala del tribunal mató al hombre que había asesinado a su hija». Y se añade: «Un informe minucioso sobre una catástrofe humana.» El libro de Gebhardt, que parte de un hecho extraído de las páginas de sucesos para ahondar en un problema humano, trata de responder a varias cuestiones-clave: ¿Puede una mujer tomarse la justicia por su mano? ¿Qué empujó a Marianne al asesinato? ¿Inocente o culpable? ¿Asesinato lícito? ¿Puede la justicia condenar sin considerar las circunstancias humanas? Para realizar su estudio el actor se vuelve hacia la infancia y adolescencia de la protagonista, al proceso de su formación, los increíbles traumas que hubo de experimentar... En realidad, estamos ante un análisis psicosociológico, más que ante el relato de un suceso criminal.

Guerra fría e intereses

«La segunda guerra fría», de Noam Chomsky. Crítica. Ed. Grijalbo.



Se conoce la aportación científico-lingüística de Noam Chomsky. También es sabida su posición de rigurosa independencia con respecto a los asuntos públicos, a la política interior de Norteamérica y a su política internacional. En esta obra reciente analiza Chomsky, sobre una abundante información, lo que llama la «segunda» guerra fría. Su ensayo constituye una crítica profunda del comportamiento americano en el mundo de la truculenta estructura de sus vínculos con otros países y del buen servicio que les hace la utilización del concepto «amenaza comunista» para justificar actitudes e intervenciones sin respaldo legal o moral. Desmonta Chomsky el eficaz sistema propagandístico norteamericano y el funcionamiento del sistema ideológico como protección de intereses y coartada del uso de la fuerza. Un libro muy vivo, actual y polémico.

Los millonarios se aburren

«Historias extraordinarias», de Roal Dahl. Editorial Anagrama.



Originalmente, el libro lleva el título de uno de los cuentos recogidos en este volumen: «La maravillosa historia de Henry Sugar». Pero admite perfectamente el nombre de la versión castellana, porque extraordinarias son, en verdad, estas historias de Dahl, entre las que destaca la de Sugar, un millonario aburrido, que intentaba divertirse con las subidas y las bajadas de la Bolsa. Un elemento de rareza, de excepcionalidad dentro de la realidad cotidiana rutinaria, infunde a este cuento, y a los demás aquí seleccionados, un especial atractivo, dado el ingenio con que están contruidos. No es la primera vez que se publica en España una narración de Dahl. Son muchos los que recordarán «El gran cambio» (gran premio del humor negro) y «Mi tío Oswald», dentro de esta misma línea de «Historias extraordinarias».

sin secretos

Para defenderse



Luis Solana

Aurora de Albornoz

Fanny Rubio

Blanca Andreu

del miedo

En el siglo de los miedos, ¿cómo defenderse del Miedo, con mayúscula? Piensan en la respuesta los psicoanalistas, los psiquiatras y los antipsiquiatras, los sociólogos y los policías. Todos, contra el Miedo. Hasta los fabricantes de puertas se sienten incluidos en la empresa. Pero, sobre todo, los arquitectos. Esta mañana, en el Palacio de Cristal del Retiro, de Madrid, se abre una exposición de **Arcadio Blasco**, bajo el patrocinio de la Dirección General de Bellas Artes, cuyo objetivo es mostrar cómo decirle al miedo que no. Este es el título de la muestra: «Muros y arquitecturas para defenderse del miedo». Aún no la conocemos, pero sí al autor. Será la presentación de un proyecto ingenioso y creativo. Ya se están poniendo de moda, por otro lado, las construcciones de

refugios contra la amenaza nuclear, después de la aparición de la novela de **Luis Solana**, en la que Rota salta por los aires.

- No sé si será el miedo la condición que ha determinado la charla de **Arturo Pardos**, siempre infatigable, sobre «Catástrofes arquitectónicas y arquitecturas catastróficas». ¿Una provocación? Hay provocaciones saludables. A la charla han prometido que asistirán los miembros de la Academia Española del Desastre, gloriosa institución que ha nacido para luchar contra la estupidez nacional. En torno a **Arturo** se reunirá mañana, a la inusual hora

de las doce del mediodía, en el salón de actos de la Academia de Bellas Artes, sus colaboradores **Stephane Guerin** y **Federico Lazzano**, además de un buen número de oyentes madrugadores. No sé si habrá escándalo, pero, al parecer, algunas instituciones se defendieron del abordaje de Arturo y sus gentes; por ejemplo, la Escuela de Arquitectura. Escuchemos una frase de la presentación del acto: «Se está emasculando a una generación preciosa para el pensamiento abierto y teleonómico que tanto necesita nuestra sociedad, tan carente de iniciativas y tan sometida a patentes foráneas. No se puede aceptar la complicidad con esta

rutinaria y obsesiva puesta a punto de débiles mentales que, obligados sin rechistar a cumplir las normas del pensamiento reaccionario, pierden así una feraz oportunidad de conocimiento.» Como ven las gentes de **Arturo Pardos** entran a saco en las zonas del «establishment». No sabemos si los posmodernistas abandonarán sus diversas sedes, el Círculo de Bellas Artes, por ejemplo, para sumarse a la cruzada arturista. Por el momento, la posmodernidad guarda el secreto, mientras recibe acometidas.

- Las mujeres escriben novelas, libros de versos... «La mujer que escribe bien, escribe mejor que el hombre que mejor escribe», decían don

Eugenio d'Ors. Recordamos a **Blanca Andreu**, **Clara Janés**, **Lourdes Ortiz**... Hablamos de las jóvenes. En la librería de San Cristóbal, **Librería de Mujeres** y centro del feminismo andante, **Isabel Blas** ha presentado su libro «La hora que ya no marca». Apadrinaron a la poeta otras dos mujeres del verso, ya con el prestigio ganado: **Aurora de Albornoz** y **Fanny Rubio**. Todo fue bien.

- Desconozco qué le habrá ocurrido o le ocurrirá al libro último del escritor-peluquero **Ramiro Fernández**. Es la segunda obra del asturiano, y se titula «El cabello: tu espejo en los demás». Recuerden la anterior: «La imagen. La estética de nuestros políticos». Dice **Ramiro Fernández**: «No pretendo inventar nada.» Es unamuniano el peluquero-escritor: «Que inventen ellos.» Curiosa especialidad la de

Ramiro: la clasificación de los óvalos. Es así: normal, redondo, cuadrado, alargado, triangular e irregular. Según el autor, dan lugar a los tipos normales, asimilativos, dinámico, sentimental, mental y volitivo. Y luego dice **Baudillard** que la anatomía ya no es el destino.

- ¿Quién sabe? Contra el miedo o los miedos, o para defenderse del miedo, también sirven las invenciones de **Ramiro Fernández**, que de la navaja ha pasado a la pluma. Pero, en contra de «mayo», no sé qué haría la imaginación con el Poder si lo llegara a conquistar. Aunque si algunos políticos (también algunos escritores) se dejaban de aplicar en su cabello el arte imaginativo de Ramiro, el Poder político y el literario podrían experimentar reconversiones.

EL DISCRETO IMPERTINENTE

Tres personajes en busca de realidad

La teoría de los

Un espejo rectángulo cubre toda la pared, donde las figuras se miran sin querer, negativo de la ceremonia transfiguradora, modelos involuntarios de la casualidad, que también copia al arte. Un cuadro, una fotografía de cristal. La estética valle-inclanésca proponía que los espejos cóncavos y convexos distorsionan la realidad. Pero los espejos planos nos dan la verdadera imagen, deformada, de la realidad.

- Cuando están delante de un espejo, las figuras adquieren la seriedad ceremoniosa de una fotografía para el álbum. Vedlos a ellos, apretándose los nudos de las corbatas, peinándose el flequillo, pasando los dedos por la soledad de sus calvas; abrochándose la americana. Y a ellas, limpiando una mota de rímel en la esquina de sus ojos, seduciendo a la barra de labios, enamorándose de su fotografía enmarcada en plata. Son gestos mecánicos, posturas ante el confesor-confidente, el espejo.

- El escritor famoso, el político con abrigo «lode(n)», que tanto se lleva esta temporada, la artista con auténtica polipiél de mil inofensivos visones muertos en guerras peleterías, se ven en el espejo y actúan por reflejos condicionados, dejan de ser ellos mismos, las personas anónimas

de la calle, para convertirse en sus figuras, función de su cargo, personajes.

- El escritor hace el amor y la guerra con su máquina de escribir. La máquina, la golpea, la tecléa. La máquina es un ser sufridor, reprimida por el autoritarismo del padre, una mujer dócil que no protesta ni pide reivindicaciones salariales de secretaria incomprendida. Aguanta los dedos de su amo, sus frustraciones y melancolías, la ira, las euforias de una copa, el amor instantáneo que se disuelve en una cita. La máquina sabe más del escritor que su novia. Cuando el escritor se viste sobre sus paños menores y sale a la calle ya es otro. Va disfrazado del personaje serio, hombre anuncio de sus libros, firmador de autógrafos inverosímiles. Se ve subiéndolo las gradas de la gloria hasta un estrado



donde **Laín Entralgo**, vestido de Rey Arturo, le da el espaldarazo de caballero de la Tabla Redonda, académico a perpetuidad. **Carlos Bousoño** pronuncia el discurso de bienvenida: «Materia y forma en poesía». Oye hasta las campanas de San Jerónimo el Real, que han tocado los ángeles, lazarillos, mineros, de sus versos. Se quiere poner

bien la pajarita, torcida a la derecha, esa golondrina perdida, abierta de alas sobre la llanura de comunión en la Academia, cuando se da cuenta de que la figura del espejo, grotesca, se sonríe irónicamente. Y es él mismo con unas gotas de ginebra en los ojos, una decepción en los labios. Escribir en España es gastar media vida atacando a la

espejos planos

Academia y la otra media muriendo por entrar en ella. Lo dicen los espejos planos. El escritor no romperá su fotografía dedicada a la mínima minoría. Escribir para usó y abuso de comentaristas, críticos, y tesineros sí que es llorar. El escritor rompe su máscara (¿qué culpa tiene el espejo?) y aparece el hombre de la calle, deslustrado de brillos académicos. El escritor agrío que denuncia a la literatura edulcorada, esas naranjinas que se toman las señoritas formales a la hora de dormir. (Todas lo son cuando se acuestan con sus angelitos.) La pana va por dentro, y también la pena.

- Ante el espejo, el político comprueba que la mitad de su bigote se va a la izquierda o a la derecha. (El siempre pensó estar en el centro, donde está Dios, equidistante, equitativo.) El político comprueba toda la verdad del espejo, la perspectiva de la mirada. Es fácil decir aquí está el punto medio, raya que divide las dos alas del bigote. Más difícil es determinar hasta dónde llegan los extremos, qué pelos le sobran a su izquierda o a su derecha. Hubo dictadores para quie-

nes el bigote era toda una simbología: Stalin, Hitler. Por debajo de ellos, políticos y funcionarios imitaban sus bigotes. La anchura o la estrechez, la hilera de pelillos o la abundancia mostacheril podía ser un signo de desviaciónismo ideológico, una constatación de que las ideas subversivas se infiltraban en los ademanes. (¿Os imagináis a Hitler/Chaplin sonriendo con el bigote de Stalin/Groucho Marx o viceversa?) Churchill no tenía bigote. Eso parecía. Pero por la mañana se miraba con mucho cuidado si se había afeitado con igual pulcritud la izquierda y la derecha de su bigote de un día. El político hace todas estas consideraciones cuando se sorprende ante el espejo y ve allí su figura destacada, sin coberturas parlamentarias, sin el traje anónimo de una ficha en el partido. Entonces se siente persona pública, que puede ser cazada por el ojo safariano de un reportero o por la flecha/pluma de un comentarista.

- Sobre los hombros de la actriz bailan los aplausos como visones borrachos. Sus ojos parpadean con el ritmo del neón en las

(Pasa a la página siguiente.)

La narración de la semana

Fue tu primer artículo publicado. ¿Qué has sentido cuando la abuela te ha descubierto que tu padre lo guardó plegado en el último doblez de su cartera de correa —lo más suyo de cuanto conoces— y allí sigue? Nunca te ha dicho —¿o te lo dijo— nada de nada, pero la abuela sabe que lo sacó una vez delante de otros, cuando Francisco el alcalde comentó —¿cuántas veces no se lo habrías escuchado al propio Ramiro Agudo?— que eso de escribir es como no trabajar, es ser una holgazana; y tu padre subió la voz ofendido mientras mostraba el recorte palmeándolo como si fuera un tesoro o un extraterrestre. Todavía ahora —tantos meses después de aquel primer artículo y no tantos de aquel «puente» perdida por la playa ajena a todo—, cuando garrapateas un cuento sobre una palabra o un poema aún más solitario, te preguntas si le gustará a tu padre, si luego te dirá, con chiribitas en los puntitos verdosos de sus ojos azules: «Mira: se deja leer», o a lo peor carraspeará, mala señal. Ves la lumbre haciéndose rescoldo ceniciento a la espera de Gabriela, sin creerte que a estas horas tu padre ya no está ahí mismo, a tu lado, o echando cuentas en la saleta, o cargando cartuchos a mano. Llegará el domingo 16 de agosto del 81 y no te asustarán las quejumbrosas vigas de la cámara o algún inquieto ratón entre los papeles, porque esos ruidos tan humanos los harás pisadas de tu padre; tu padre llenando la casa, tu padre preparando la marcha a la capital para acompañarte mañana, a la una es la cita; tu padre embetunando las sandalias que le hizo a la medida el Cuco, aunque le aprietan como unos alicates; tu padre probándose la camisa de su boda para ver si los picos del cuello ya no se le echan

a volar; tu padre preguntándote si debería llevarse la boina o no. Cuando todo acabe mañana, será el primero a quien quieres besar. Porque piensas abrazarle, estrecharlo como nunca has hecho, palmearle la mejilla, aguardar abrazada hasta que el reportero más parado del periódico más tardío saque su última foto —«Sara Agudo sorprendida por nuestro fotógrafo en el momento de recibir la felicitación de su padre», dirá el pie—; y no le dejarás ni a sol ni a sombra, serás su guía y su coraza, compartirás tus sofocos, los palmeteos y parabienes que te lloverán; las invitaciones para que vayas a la «tele», a la radio —tu padre sentado alrededor de la misma mesa, con los cascos clavados aunque le asustará hablar por el tubo—; y dirás con orgullo «es mi padre» al conserje y al ascensorista, al ordenanza y al jefe de relaciones públicas, a cuantos vayan a enseñarle el edificio enorme del periódico supercustodiado, encristalado y limpio, de blancas mesas y una sala más grande que tres frontones juntos, con decenas de pantallitas de televisión en vez de máquinas de escribir, repartidas al lado de donde se sientan los periodistas. Y en la mesa que domina todo, ese chico de barbas tan agradable y risueño le regalará a tu padre un celofán transparente donde aparecerá tu nombre y se dirá lo que te ha ocurrido. Sería hermoso que tu padre lo pudiera vivir.

Le recuerdas cuando le añorabas sola en la ciudad, sintiendo la necesidad de contarle a alguien lo que corregías en la editorial, lo que leías en el autobús, en las colas del cine (cuando ibas a sacar las entradas para los dos, porque Alfonso andaba muy ocupado), lo que no aprendías en aquella clase enorme, como cincuenta escuelas, donde aleccionaban por la

«La gaznápira»

De ANDRES BERLANGA



Aunque el texto que hoy reproducimos pertenece a una narración más extensa que se publicará a finales de este mes de abril en la Editorial Noguer con el título, precisamente, de «La Gaznápira», tiene la construcción de un relato breve, válido por sí mismo. Andrés Berlanga ha cruzado en silencio los últimos doce años —como a él le gusta decir—, aunque ha desarrollado una labor periodística intensa. Berlanga ya había destacado en el panorama de la literatura española con otra novela, «Pólvora mojada», que apareció en 1972 en Ediciones Destino.

tarde con todas las tonterías que pedían para ser periodista. Habías escrito

dos reportajes sobre ese juego que andan ahora enseñándose los chicos en las

eras, el fútbol, y te los iban a publicar. Siempre has tenido muy claro que querías ser periodista, desde antes de que muriera el Elías. Alfonso creía que era un oficio de golfas o de mariachos; que tú no te enterabas de nada: ni de lo que había detrás de los periódicos, ni de lo que pretendía de ti el gerente, ni de nada. Ni de por qué no era correcto que el día del santo de Alfonso tú le regalaras flores a él. Tan despistada eras —te dijo aquella tarde sin poder aguantarse un minuto más, cuando ya llevábais un cuarto de hora en el coche—, que ni te habías percatado (dijo percatado y te pareció una palabra escopeteada y horrible, más horrible que su horrible pajarita escocesa) de que ibais a su casa, a conocer a su madre, en un flamante 124-D de estreno (por más que el tubo de escape pareciera acatarrado), con alternador y servofreno porque para eso se había comprado la versión de lujo. ¿Qué menos había esperar en el señor vicepresidente ejecutivo de la Young & Smith Española, la empresa que proyectaba su expansión en el campo editorial y en el de las publicaciones periódicas en cuanto cambiase el régimen, no va a durar otros treinta y cinco años! Era ya el número dos en Europa y la primera en el país dentro del «ranking» de las «hamburguers», te había dicho Alfonso —como quien regala un título de marqués o un collar de perlas— al volver de graduarse en la University de Minnesota, donde la Young & Smith le había pagado un curso sobre cultivo de lechugas y mezcla de carnes bovinas y otro sobre preparados sintéticos por diálisis con sabor a mostaza.

Su casa olía a arca cerrada y a jacintos moribundos; la madre, disponiendo la mesa y los invitados; Alfonso, estrechando más ma-

nos que Franco en las audiencias de los miércoles; las mujeres, brindando con Calisay; los hombres, con una bebida que sabe a chinchis; menos Alfonso —siempre a la altura de las circunstancias—, que se tomaba un champagne francés a cuatro grados justos, como muy bien había aprendido en Houston (Texas). La madre de Alfonso te animaba a visitarla cuando quieras y, después todos te hicieron los honores enseñándote las placas relucientes del jardín de la comunidad, porque ese invento de la calefacción solar sería la revolución de la energía en el último cuarto de siglo; todavía no hay ni diez instalaciones en todo el país. Alfonso te regaló una pulsera grabada, dijo que te deseaba larga felicidad y —mientras tu ajustabas el aro en la muñeca, su seguro y su cadenita de refuerzo como un cepo dorado— Alfonso respondía a alguien que tú tenías mucho mérito, que una vez casada podías, si querías, seguir trabajando a su lado, porque detrás de todo hombre importante siempre hay una mujer... ¿Lo entendería Juliana si se lo cantaras? ¿Cómo se puede estar ciega a los treinta años cuando te crees con los ojos abiertos, pero no ves alrededor de ti lo que se te viene encima hasta que sientes cómo alguien quiere organizar tu vida para siempre y sales corriendo, escapada? (Si al menos tuvieras ocho vidas, hubieras sacrificado una con Alfonso, por probar.) Añ volver a casa sacaste una hoja de papel en blanco y te pusiste los lentes del Tío Herrero para mirarla fijamente y ver toda tu vida, para darte ánimos, para no acoquinarte, para que lo de Alfonso fuera borrón y cuenta nueva.

(Aparecerá en abril, publicada por Editorial Noguer.)

La teoría de los espejos planos

(Viene de la página anterior.)

cartelera. Las críticas de los periódicos son sopa de caviar, metáforas de champán. Y ella es una reina, un suspiro de España: boca de Winston, senos de Amarantha en el poema, piernas para llegar al cielo. Esa es ella, joven, deseada. Un reclamo para los pichones que zuritean sus dividendos o sus futuros señoriales. Es un objeto claro del deseo, una hembra que se vende por los labios. «A cambio te regalo Marbella y te baño

en oro negro. Pide lo que quieras, mi reina.» La mujer fastuosa despierta de sus limbos de revista rosa, carolinianos, y se ve ante el espejo, actriz que interpreta su alma desnuda. No es una belleza; menos da el maquillaje. Su atractivo está en la dimensión persona-personaje, esa distancia finita que la gran actriz descubre en sus interpretaciones. Lo importante no es la belleza, es el encanto. ¿Qué lápiz bicolor, rojo y azul puede dar el «ángel»? La actriz deja sobre un diván el abri-

go de visones (ya ni colean), su bolso, donde guarda todos los artificios para seducir y engañar.

● Hay mucho público en la sala rectangular. El espejo se empaña con el aliento. Las figuras se desdibujan: personajes, personas, gente. Un camarero pasa un paño sobre el vidrio. Quedan allí una melevna literaria, un bigote, nadie sabría decir si a la izquierda o a la derecha; un abrigo de ratones de lujo. El escritor, la actriz y el político se consuelan. Los tres saben

que interpretan un teatro social, de una comedia que ninguno de ellos ha escrito. Se saludan y no hay postizo en su sonrisa ni en el calor de su mano. Abren la puerta del teatro/café, salón de variedades formales, y la verdadera realidad, el aire de la calle, les da en la cara. El salón permanece envuelto en la irrealidad del humo, los versos con sabor a champán guindado, olor a «perfúmenes» del Caribe, palabras que aplauden. Representación.

A. SABUGO ABRIL



Carlos Bousño pronuncia el discurso de bienvenida



Don Pedro Lain Entralgo le da el espaldarazo

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...

Coordinado por Manuel



TOROS

F. MOLES